

Autorretrato en escorzo (y nada complaciente) con figuras al fondo

Julio ARÓSTEGUI

Universidad Complutense de Madrid
julioar@ghis.ucm.es

Cuando, hace ya algunos años, cayó en mis manos un libro llamado *Essais d'ego-histoire*, conjunto de ensayos reunidos y editados por Pierre Nora en los que se autorretrataban algunos historiadores, reconozco que no me produjo especial entusiasmo y, si digo toda la verdad, me provocó, incluso, una molesta, aunque no podría definirla del todo, sensación de rechazo. Narcisismo francés, pensé, sumado a unas gotas de egotismo satisfecho y un toque, claro, de la inevitable coquetería francesa. En fin, aquello me pareció una cursilería del tal Nora con la que no resultaba difícil hacer coincidir la de otros colegas. Chauvinismo, en definitiva.

Pero, ¡ay!, vuelvo a este libro más de quince años después —y lo tengo aquí sobre la mesa, ojeándolo de nuevo—, porque un buen amigo y colega nos pide hacer algo semejante, y me contemplo a mí mismo mucho más indulgente con sus páginas... Ahora no sé qué pensar, primero, y, después, precisamente por esa indulgencia, no puedo alejar tampoco de mi ánimo una cierta y pesada desazón. ¿Qué me —nos— ha pasado en este tramo de mí —nuestra— experiencia? Porque evidentemente no han cambiado las autobiografías, están ahí, como estaban.

Cuando Octavio propone ahora, digo, fijarnos en ese viejo ejercicio de introspección que tan mal regusto me dejaba antes, no sólo no lo rechazo, sino que no me parece ocioso, lo encuentro una proposición oportuna, razonable y divertida que, para mayor autoflagelación, creo que puede conducir a algo no enteramente superfluo, incluso provechoso. Luego diré por qué. Algo, pues, ha pasado en este último tramo de nuestra trayectoria...

Acepto el ejercicio y me propongo que esta nueva *ego-historia* —que entre sus virtudes tiene la de ser breve— se ajuste, si puedo, a las formas y normas que el propio Pierre Nora señalaba entonces (con lucidez, cosa que no puede negársele), en la introducción explicativa de lo que su recopilación contenía:

«Ni autobiografía falsamente literaria, ni confesiones inútilmente íntimas, ni profesión de fe abstracta, ni tentativa de psicoanálisis salvaje».

Y ¿entonces?:

«esclarecer la propia historia como se haría con la historia de otro», decía. Ahí es nada...

No creo, sin embargo, que, renunciando a «contar mi vida», consiga yo por ello ser más capaz de pintar un cuadro creíble, que, ya que no autobiográfico, consiguiera hacer de mí mismo algo más objetivo, hacer de mi historia «la historia de otro» o, mejor, pudiera valer como testimonio de la trayectoria algo así como de una *generación* de colegas del mismo gremio. Y es que si el ejercicio no me parece enteramente ocioso —lo repito a ver si me convengo a mí mismo— es, justo, porque representa el intento de *autorretratarnos* gentes que si, en el fondo, no tenemos en común mucho más que la profesión, me parece a mí que hemos vivido historias paralelas, o casi, en contextos personales tal vez comparables.

Pero, ¡qué le vamos a hacer!, lo que no encuentro yo es ese toque, que podría pensarse mágico y que nos hubiera hecho tan respetables hace algunos años o decenios: el *impulso generacional* más allá de la mera pertenencia a la cohorte demográfica en la que nos ha tocado desenvolvernó. La conciencia de haber andado juntos en alguna empresa visible, aunque la confluencia no se hubiese expresado nunca de forma explícita.

Si bien en este texto empleo a veces el plural comprehensivo (que ni es mayestático ni pretende incluir a nadie más), no me creo capaz de hablar en nombre de otros, desde luego. O sea, que no me veo generacionalmente implicado, no me reconozco, en esa empresa de la que hablo en la que pudiéramos pensar que hemos trabajado juntos. Porque, lo adelanto desde ahora, si yo hubiera de caracterizar mi trayectoria intelectual con un adjetivo que la situara en su justo contexto no dudaría en señalar éste con la más flagrante paradoja: mi contexto fue la soledad. No me creo culpable de ello, pero sí siento un cierto toque amargo, porque creo que, de haber sido otra cosa, hubiésemos podido auto-explicarnos mejor. Sin embargo, esta cohorte, a la que perteneces obligatoriamente, me temo que fue socializada en distintas camadas, pastó hierbas y bebió aguas en muy diversos prados y parajes (perdóneseme el continuado símil hortofrutícola). En consecuencia, nos hemos hecho adultos, y hasta viejos, ocupando cada uno un hueco poco o nada compartido.

Supongo que todos nosotros, es decir, este grupito de historiadores de lo contemporáneo que nacimos entre la guerra civil y los años cincuenta, tenemos al menos una cosa en común en nuestra biografía: haber vivido dos mundos distintos; más claro, haber vivido con y después de Franco y su España. Y, por tanto, yo al menos lo noto así, dos aventuras vitales e intelectuales de muy distinto signo. En lo que a la mía respecta, no estoy del todo disgustado. Arrastro la sensación de haber recorrido un camino muy largo, en el que puedo diferenciar etapas, parajes y pasajes, no todos los cuales me dejan igual de (in)satisfecho.

A mí me criaron en algunos convencimientos, saberes, creencias, que me decían, y yo pude creer, firmes. Es curioso que en la infancia y en una dilatada primera juventud vivimos un mundo en el que había poco lugar para las dudas. Luego, ya en la primera mitad de los años sesenta, si no recuerdo mal, empezamos a conocer y aprender muchas cosas nuevas y muy en contradicción con las anteriores. Fui yo el primer sorprendido y me temo que este nuevo panorama no

era casual ni era gratuito. Coincidió esto con mi marcha de Granada a Madrid que representó un segundo aprendizaje,

Mi actividad profesional de verdad empezó en 1967 con una cátedra de Instituto que me catapultó a Vitoria, a la que llegué en la plenitud de mi entusiasmo. Los tiempos profesionales no eran fáciles pero estaban relativamente abiertos. El País Vasco fue para mí (y en una doble ocasión) una experiencia sobre la que tendré que reflexionar más en profundidad en algún momento posterior. Lo cierto es que me adentré por el camino profesional que anduvieron igualmente otros condiscípulos de mi tiempo y condición: conseguir una cátedra de Instituto Nacional de Enseñanza Media, que se decía entonces, llegando a ella con una inmensa ilusión por ejercer benéfico magisterio, pero, eso sí, sin dejar de escudriñar no perdiendo detalle la forma de dar el salto a espacios, creíamos, más amplios, rigurosos, prestigiosos y remunerativos (claro que no me refiero al sueldo). O sea, a la Universidad. No quiero dar aquí nombres, pero eso nos ha marcado a un número significativo de los colegas de mi tiempo.

No sé si fue esa cátedra o, quizás, la índole misma del tiempo en que me tocó ejercerla, los últimos sesenta, lo que me enseñó un gran conjunto de realidades nuevas. Evidentemente, al menos para mí, estaba claro que en los años sesenta tardíos se atravesaba la línea entre dos mundos; no hubo que esperar a que cambiara el régimen, cambio que, por cierto, en aquellos últimos sesenta y primeros setenta era un acontecimiento que no nos cabía ya duda que viviríamos pronto o muy pronto. Atrás, quedaban los años del aprendizaje en la Universidad y, desde luego (no me duelen prendas) dorados, fuese cual fuese la Universidad que vivimos. Delante, el ejercicio de una profesión que era forma de vida y, eso era lo maravilloso, no simplemente puesto de trabajo. Lo tremendo fue cuando empezamos a comprobar, una vez más, que lo que habíamos aprendido servía cada vez menos para mirar hacia delante.

Los años setenta empezaron con esa desazón de fondo, lo recuerdo muy bien, mientras me ubicaba en un nuevo paisaje: Salamanca. Más allá de la vida universitaria en los tiempos de estudiante, de las lecciones oídas y de las asimilaciones logradas, siento que los años de la formación intelectual mejor perfilada coincidieron con el primer ejercicio de una profesión tan absorbente y con necesidad de tanta dinámica de aprendizaje como es la de enseñante. Si los años sesenta habían sido los del primer cambio, los setenta fueron clave. Y es que, con cualquier enfoque con que los mire, los setenta fueron *los mejores años de nuestra vida*. ¿Necesito ser más circunstanciado? No lo creo. Nunca nos vimos a nosotros mismos más tensos y con más futuro. Incluso creímos que todo era futuro. Y lo fue, aunque bastante más imperfecto de lo que esperábamos. Así, el día, años después, en que nos enteramos de que Roldán era un delincuente tuve la sensación (compartida con otros muchos, ciertamente) de que nos habían traicionado y que aquellas tensiones de los años sesenta y setenta se habían diluido en mentiras difíciles de rectificar.

Un nuevo paisaje... Salamanca fue, en cualquier caso, un nuevo punto de partida. De hecho, allí empezó ese salto a la Universidad, y no fue fácil. En fecha redonda, al comenzar el año 1980 conseguí una Agregación de Universidad, al

tercer intento, que me llevó de nuevo (con algún proceso azaroso en medio) al País Vasco, a Vitoria. Un viaje que siempre agradeceré a Emiliano Fernández de Pinedo. Y fue entonces cuando dejé de sentirme discípulo y se hizo más presente la reflexión sobre los maestros...

Recuerdo que hablando con el inolvidable Manuel Tuñón de Lara, una tarde ya en los años ochenta —¿o, quizás, noventa?—, cuando mi oficio se ejercía ya en Madrid, le comentaba yo: «Manolo, lo que de verdad viviré siempre como carencia sustancial en mi vida y mi carrera es no tener un *pedigree*». Obviamente, ni me sonrojé entonces al decir eso ni creo que sea ahora una confesión de lo inconfesable. Un conocido, reconocido y reconfortante *pedigrí* intelectual, se entiende. A Manolo Tuñón le conocí tarde y la historia de la relación con él no cabría tampoco aquí ni nos ayudaría a comprender mejor lo que quiero decir. Lo que importa es que, con una biografía intelectual y unas aventuras vitales mucho más agitadas que las mías, habiendo forjado su mundo en plena guerra civil, a Manolo, me confesaba, venía a pasarle lo mismo: ¿pero quiénes fueron de verdad nuestros maestros? Porque mirando hacia atrás (con más o menos ira), ¿en qué maestros podrías reconocerte? Por eso, Manolo sonrió al oír esto (era en el Hotel Conde Duque, de Madrid, lo recuerdo muy bien), sus ojos chisporrotearon algo más y, desde luego, entendió perfectamente lo que le decía.

Esta sensación de orfandad no sé realmente si ilumina o deforma más la imagen. Pero es aún más vívida por cuanto en algún momento creímos poder salir de ella. Era un espejismo. Y así, cuando se carece de una genealogía intelectual que hayamos recibido en patrimonio, asimilada con avidez, asumida como irrenunciable, se presentan dos posibles malas trochas por las que lanzarse: o se es autodidacta o se es ecléctico. O las dos cosas, que es peor. A nadie le recomendaría yo que corriera riesgos inútiles circulando por cualquiera de esos dos atajos. Ante la añoranza de magisterio hay, sin más remedio, que salir a su búsqueda y feliz quien lo encuentre. Pero, a fin de cuentas, ¿por qué esta añoranza del maestro? Para mí, que en este momento no podría dar una respuesta satisfactoria a tamaña pregunta, creo que ella misma nos define, o nos definió antes. Tal vez se explica ahí el rubor y el rechazo primigenio de la *ego-historia*. Tal vez esto mismo define a gentes que han hecho caminos paralelos al mío, justamente, en un tiempo paralelo. No puedo asegurarlo. Sí estoy convencido de que, como me decía un colega, la época de los grandes maestros acabó ya. Sospecho ahora que ese *ya* es más antiguo de lo que entonces pensaba.

Pero regresemos a esa intrahistoria intelectual que se nos ha pedido. En esa vuelta atrás en la memoria, no puede aguardar más la formulación de la pregunta central: ¿Y, entonces, por qué la Historia? ¿por qué la dedicación a estudiar, enseñar y escribir Historia? O, más convencional todavía, ¿cómo me hice yo historiador (supongo que la gente supone que soy historiador y, a veces, me llamo así a mí mismo)? Para mí, en definitiva, la pregunta se extiende sobre casi cuarenta años de dedicación a lo mismo, aunque sea con modulaciones diversas. Sin duda, la etapa universitaria de esta dedicación (que empezó con algunos escarceos previos, como el que en los años setenta me llevó a explicar Teoría y Método de la Historia en la Universidad de Salamanca llamado por Dolores Gómez

Molleda, mientras seguía en mi Instituto), ha sido el centro y eje de mi experiencia intelectual y profesional y comenzó de verdad, como ya he dicho antes, con los años ochenta.

¡Cuánto me gustaría ahora que fuera veraz y justo abrir un capítulo de esta discreta confesión con un párrafo grandioso sobre el temprano (primigenio) interés, la irresistible atracción, la inolvidable doctrina, las indelebles lecturas, el ardiente patriotismo, la irrefrenable imaginación, la atracción por el pasado, que me llevaron ineluctablemente a la Historia (aún lo podría poner más florido diciendo a los brazos, o al regazo, de Clfo)! Es decir, eso que normalmente hacen los franceses. Pero, no..., no sería ni veraz ni justo.

Mi vocación historiográfica no pudo ser más circunstancial y fue, con seguridad, más prosaica. En la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Granada se estudiaba Filología o Historia. Mis escapadas literarias estaban ya mustias, *ergo*... Y lo cierto es que, cuando recién comenzados los sesenta fui a Madrid a concluir allí los estudios, ya no se me ocurrió cambiar de campo. Dicho con aprehensión, atrevimiento y franqueza: la Historia-historia (*sic*) *no me ha interesado nunca*... Reconozco, sin embargo, que nunca he dejado tampoco de buscar...

El bienintencionado lector que haya seguido estas líneas pensando en ilustrar su propia idea de cómo nace una vocación, aunque sea tan modesta, como es el caso, puede dejar de leer en este momento. Pero, si no lo hace, prometo aportarle alguna consideración complementaria, puesto que, por lo menos, debería justificar por qué llevo cuatro decenios en este asunto.

Puede que la cosa no fuese entonces tan sencilla como la veo ahora, pero todo tiene su lógica. A su debido tiempo hice un Bachillerato de Ciencias y un nada suave «Selectivo de Ciencias», que no era broma (algún lector recordará, sin duda, esta terminología). Y ahí vino el vuelco. A mí las «ciencias» me gustaron siempre, pero descubrí (sé bien cómo, pero no procede contarlo aquí) que había cosas que me gustaban más. Se presentó, pues, inevitablemente, el *impasse*. Luego hice «Preu de Letras», mientras trabajaba en la Primera Enseñanza de maestro (sin serlo) y me enseñaba griego el inolvidable canónigo Don Santiago, en su venerable, medieval-renacentista y, por lo demás, magnífica casa rectoral del convento de Santa Isabel en el Albaizin de Granada, cobrándome no más que una remuneración simbólica. En este momento siento una tentación lírica grande, pero me contengo. ¡Cuántas veces he vuelto con mucha nostalgia a aquel griego que me enseñó, primero, Don Santiago y el latín que, luego, no ya me enseñó sino que me re-enseñó e inyectó Don Sebastián Mariné, en la Facultad de Letras de la Universidad de Granada, la de la calle de Puentezuelas que hoy ya no existe! ¿Por qué? Porque el mundo de las Humanidades de verdad (lejísimos de lo que llamamos hoy así, al borde casi de la náusea) empezaba en esa puerta. Para redondear aquel aprendizaje, la Filosofía y Letras que yo estudié tenía un ciclo de «Comunes». ¿Para qué comparar esto con lo que tenemos hoy? Sería difícil detener el llanto.

De verdad, nunca me entusiasmó hacer del buceo en el pasado, así en trazos gruesos, una dedicación vital. No obstante, es cierto que, desde muy pronto,

advertí que eso era una tronera desde la que se contemplaban paisajes mucho más amplios. O, dicho con menos retórica, estoy absolutamente convencido, y lo estuve más desde que los textos de Marx llegaron a ser una lectura cómoda y, si no cotidiana, sí frecuentada, que no hay mejor forma de entender la Historia que la de una forma de ver la Humanidad con la mejor perspectiva. Es verdad que antes de llegar a todo esto, la Historia era ya mi oficio, pero no era vocación excluyente. Fue en los años setenta, como digo, cuando estos descubrimientos (¡¡prácticamente en autodidacta!!) se abrieron camino. Esto es lo que no dudo: me meto en la Historia porque nos confunde con lo vivido, se puede asimilar a ello y, por tanto, la Historia es una fijación decisiva en lo que nos rodea y, en definitiva, se trata de un discurso sobre la sociedad, la vida, el cielo y el infierno.

Lo que de verdad ha ido, con el paso de los años, ajustando mi forma de ver ha sido la ampliación de la batería de instrumentos que me permiten mirar lo que me atrae, que me permiten descubrir y comparar comportamientos de gentes y, si puedo, intentar hacer con ello *arquitectura*. Por esto nunca hablo de la Historia, ni me ocupo de ella, sin el afán de conocer otras cosas y otros instrumentos que los historiadores de verdadera vocación suelen emplear menos. Vaya, pues, que a mi no me basta, y me aburre, el historiador de archivo y documento. Yo he llegado a esto de la *historia vivida* no por una mera destilación intelectual sino porque, sospecho, lo que realmente ha destilado, desde que me fui a hacer «Letras», es esa pretensión, quizás excesiva, de creer que podemos decir algo acerca de por qué las gentes hacen lo que hacen, incluidos nosotros mismos. Y si alguien cree que puede hacerlo sin atender al Tiempo se equivoca. Por ello, justamente, estoy contento de ser llamado historiador y no sociólogo, antropólogo o politólogo (aunque en mi fuero interno me da lo mismo).

Por todo esto, pero sobre todo por lo de la arquitectura de que hablaba, no nos dolió a algunos, creo, eso tan tópico de cambiar de paradigma. ¡Pero si el cambio es consustancial con nuestro propio oficio! Se nos han hundido certezas y no nos hemos hundido con ellas, ni hemos aceptado falsas soluciones ni platos de lentejas. Sigo sintiendo la misma indignación de antes cuando se dice que la historiografía es una forma de discurso literario, que es inútil preguntarse siquiera por su contenido de verdad, que la historiografía no es sino una vía más entre otras muchas posibles de acercarse a lo que pasa en el tiempo. Y que el tiempo y la historia son el relato...

Seguro que se averigua de qué y quiénes hablo y se dibujan mis fobias como antes he dibujado mis filias. Repito, creo en la arquitectura, en la racionalidad y en las posibilidades de la racionalidad. Por eso he propuesto alguna vez construir una «historiografía racionalista». Y por eso detesto profundamente a quienes recomiendan al historiador que lea mucha literatura... y luego que fabule. Como todo el mundo sabe, dirán, la Historia por su naturaleza es cosa opinable, ninguno la hemos visto... Y lo mismo que antes me asaltaba la tentación lírica me asalta ahora la épica: la de desarrollar una lección de método histórico para conocimiento de frívolos, de los que hay millones (casi tantos como ignorantes). Pero ahora también me contengo.

Tal vez, nada ayuda tanto a entender el sentido de esta *historia* en su dimensión colectiva, si la tuviese, como la consideración de la relación que tuvimos con nuestros *maestros* y lo mucho que hemos tenido que cambiar. Por ello, a fin de cuentas, uno ha tenido que construir y reconstruir también su propio mundo intelectual. Porque hemos vivido dos mundos y el viejo, casi en su totalidad, no nos ha servido para asimilar el nuevo, sino más bien de obstáculo. Ciertamente, ello ni nos justifica ni nos redime frente a una acusación posible y plausible: si hemos intentado en algún momento construir un mundo distinto de referencias intelectuales hemos sido mucho menos capaces de universalizarlo. Porque, es verdad, de los años ochenta para acá, se nos han ido cayendo las certezas como fichas de dominó... Tal vez, ahora que lo pienso, ahí está la otra cara de la moneda: la nueva mirada sobre las *ego-historias*.

Ha llegado el momento, me parece, de la confesión final. Hagámosla.

A mí —a todos, claro está—, me ha tocado el tiempo que me tocado y no otro. Los condiscípulos, colegas, contrincantes, maestros y discípulos, y hasta casi los amigos, no he podido elegirlos yo. Obligadamente me siento solidario... de aquello que no está en mis manos rechazar. Quienes han coincidido con mi tiempo no han transitado los mismos caminos, ciertamente, pero estoy seguro de que hemos coincidido muchas veces ante los mismos paisajes. Somos los herederos de los «maestros de posguerra» (¿sí?, ¡ya veis lo que dije antes de los viejos maestros!). Vivimos, tal vez, nuestra fijación definitiva en los años ochenta. Ya no hemos sido maestros como lo fueron los de antaño, pues se ha terminado, ya lo sabemos, la era de los maestros.

Si este conjunto de historiadores entre los que me encuentro, esta cohorte si no generación, de la que han desaparecido ya algunas figuras con mucha fuerza y con cuya imagen de fondo estoy escribiendo de mí mismo en escorzo, verdaderamente puede transmitir algo, no será ya, me temo, un magisterio a la antigua, pero será el testimonio de que nacimos en una Historia, bebimos una concreta Historiografía, pero hemos madurado otras, absolutamente, a costa, estoy seguro, de re-socializarnos varias veces. Nuestro destino ha sido cambiar, porque ese ha sido el sino de nuestro tiempo. Y lo digo claramente: el que, por unas u otras razones, no lo ha hecho así no ha vivido su tiempo como se merecía. Algo mortal para un historiador.

Lo que no sé es si quienes nos siguen, y los que nos seguirán, reconocen y reconocerán nuestra contribución al cambio aunque ignoren nuestro magisterio. A mí de verdad me gustaría ser recordado como alguien que intentó cambiar... Me atrevo a decir que eso mismo le ha sucedido a algunos de mis coetáneos, a algunos, que en paralelo, participan de esta confesión. Unos, pues, están vivos, pero hay otros a los que hemos perdido recientemente y viven en el recuerdo. Y, en fin, ahora, al concluir obligadamente estas líneas, después de darles alguna vuelta que otra, me asalta el temor de no haber sido ni mucho menos fiel a mi promesa del principio de seguir humildemente las recomendaciones del maestro Pierre Nora.